

PIADOSA EN LA URBE: LA VISIÓN ZENOGANDIANA DE NUEVA YORK

Desde comienzos del siglo veinte la inmigración puertorriqueña a los Estados Unidos —y especialmente a Nueva York— ha originado una extensa literatura isleña en castellano y una producción narrativa escrita en inglés por boricuas residentes en el Norte, además de un extenso corpus de análisis críticos y textos sociológicos. El primer escritor en abordar la cuestión del puertorriqueño radicado en Estados Unidos fue Manuel Zeno Gandía, a su vez el primer novelista isleño. La suma importancia del tema de la emigración y sus consecuencias sociales para las letras boricuas se demuestra en el hecho de que dos de sus novelas retratan y examinan la situación económica y social del emigrante en Nueva York, mientras una tercera obra, inédita, titulada simplemente *Nueva York*, tenía como trasfondo único la gran metrópoli. En este estudio nos centraremos en aquella novela de Zeno Gandía que contiene el retrato más completo de la gran ciudad norteamericana y la exposición más detallada de la experiencia del puertorriqueño en ella: *Redentores*, publicada en 1925. Obra de protagonistas múltiples, Zeno presenta a una de ellos —Piadosa, una joven criolla— en Manhattan, espacio simbólico por excelencia de todo aquello que evoca la urbe, y aunque en su breve resumen de la novela Rafael Falcón la señala como “personaje [...] al margen de la acción principal”,¹ sostenemos que es a través de la figura de la joven y su relación con Nueva York y sus habitantes que el autor resume simbólicamente su posición política frente al vínculo imperialista que une a Puerto Rico con los Estados Unidos.

Proponemos, por lo tanto, que, haciendo uso de variadas visiones urbanas características de la literatura urbana europea y norteamericana contemporánea Zeno presenta la gran urbe como símbolo de todo lo negativo encarnado en el país, desarrollando así su agenda política, ya de por sí explícita en *Redentores*, cuyo mero título revela una irónica alusión a la percepción de los invasores norteamericanos expresada por nuestro autor. Sugerimos que, paralelamente, Piadosa es símbolo de Puerto Rico, ultrajados y depravados los dos por el dueño imperial, mientras otros personajes sirven como personificación o de la ciudad o de los Estados Unidos.

La visión zenogandiana sumamente negativa de la urbe no es nada nuevo en la literatura de occidente, como demostraremos más adelante. En general la ciudad ha sido considerada con ambivalencia; frecuentemente sus aspectos

¹ Rafael Falcón, *La emigración a Nueva York en la novela puertorriqueña*, Chapel Hill, Albatros Hispanófila, 1983; p.12.

negativos tienen más peso sobre la imaginación literaria que los positivos, tal como señala Burton Pike:

Desde el comienzo la imagen de la ciudad sirvió como nexo de muchas cosas, todas caracterizadas por unos sentimientos fuertemente ambivalentes: la presunción (Babel), la corrupción (Babilonia), la perversión (Sodoma y Gomorra), el poder (Roma), la destrucción (Troya, Cartago), la muerte, la peste (La Ciudad de Dis), y la revelación (la celestial Jerusalén).²

Tampoco es sorprendente que la lista de Pike incluya numerosas ciudades bíblicas, ya que es la Biblia el texto que establece la noción de la ciudad "mala" frente a la ciudad "buena" (Jerusalén), una dicotomía que es continuamente reproducida y reinterpretada en la literatura occidental. Dentro de este contexto cabe señalar que las clasificaciones de Pike las desarrollan otros críticos. Elizabeth Lowe señala que "Sodoma y Gomorra son la cuna del vicio, especialmente la crueldad y la perversión sexual. La gran ciudad de Babilonia [...] es una bulliciosa ciudad comercial, donde el tráfico de almas humanas es señal de su avaricia",³ nociones que cobran un especial significado y gozan de una extensa difusión en el diecinueve en Estados Unidos, siglo que ve la aparición de las grandes ciudades, como señalan Janis Stout y Adrienne Siegel.⁴ Janis Stout, *Sodoms in Eden*, Westport, Greenwood, 1976; pp. 7-8 (traducción mía). Adrienne Siegel, *The Image of the American City in Popular Literature 1820-1870*, Port Washington, Kennikat, 1981; p. 36 (traducción mía).

La visión bíblica del caos urbano constituye un tema esencial en un número muy considerable de textos urbanos decimonónicos estadounidenses, y en los últimos años del siglo el naturalismo que llegó a caracterizar gran parte de la narrativa nacional fue en parte una reacción al auge de la ciudad,⁵ reflejando una corriente ya establecida en Europa que presentaban el entorno urbano y sus habitantes como objetos de su escrutinio. Cabe señalar, sin embargo, que para los naturalistas norteamericanos los centros de las grandes urbes no constituían simplemente un espacio físico, sino que se convirtieron en un espacio ideológico representante de lo sórdido y lo peligroso, a la vez que imagen de lo misterioso y atrayente.⁶ La representación textual de esta "ciudad

² Burton Pike, *The Image of the City in Modern Literature*, Princeton, Princeton UP, 1981; pp. 6-7 (traducción mía).

³ Elizabeth Lowe, *The City in Brazilian Literature*, Londres, Associated University Presses, 1982; p. 48 (traducción mía).

⁴ Janis Stout apunta que "la denuncia bíblica de Babilonia fue una abundante fuente de la temprana retórica antiurbana [en Estados Unidos]", mientras Adrienne Siegel indica que "un tema persistente en la novela del siglo diecinueve fue el de la ciudad americana que se convertía rápidamente en una Sodoma o Gomorra [...] innumerables libros se hicieron eco del temor contemporáneo de que la metrópoli se convirtiera en un paraíso para todo tipo de comportamiento inmoral."

⁵ James R Giles, *The naturalistic inner-city novel in America: encounters with the fat man*, Columbia, University of South Carolina Press, 1995; p. 3.

⁶ *Ibíd.*; p. 4.

orgánica”⁷ propia de los naturalistas, se centraba en su crecimiento imparable y la interdependencia de sus muchas partes que hacía que pareciera “un monstruo que ejercía su propia voluntad”.⁸ Esta noción la perpetúa Zeno, describiendo Nueva York como “fiera en acecho”,⁹ o “titán que con una mano edifica y con otra destruye”.¹⁰ Ambas descripciones resaltan el poder que puede ejercer esta entidad aparentemente autónoma, y, por inferencia, la falta de poder y autonomía que sufre el individuo situado en este entorno. En el caso de Piadosa esta posición cobra especial significado, ya que es inmigrante y pertenece, pues, al grupo que menos control puede ejercer sobre su situación en el contexto de un ambiente desconocido. Si consideramos nuestra hipótesis que plantea a la criolla como símbolo de Puerto Rico, vemos que, al situarla en la metrópoli, mostrándola sujeta a una serie de personajes y circunstancias que la cohíben, Zeno refuerza su mensaje político denunciador de la falta de autonomía que sufre su patria para determinar su futuro y gobierno.

De todas las ciudades representadas en la literatura finisecular estadounidense, es Nueva York la que recibe mayor atención narrativa. A menudo se insiste en “la comercialización, la desesperación, la corrupción, y la degradación”¹¹ como sus rasgos esenciales, todos ellos problemas que tendrá que enfrentar el inmigrante que aparece como frecuente protagonista de novelas y cuentos escritos, tanto por norteamericanos residentes como por los mismos inmigrantes, en los últimos años del siglo diecinueve y los primeros del veinte.¹² La fascinación por el inmigrante que caracteriza la narrativa de escritores “autóctonos” de la época —especialmente aquélla que tiene como trasfondo a Nueva York, ciudad que fue el puerto de desembarque de la vasta mayoría de quienes buscaban una nueva vida en la “tierra prometida”— posiciona al inmigrante como el “otro” de lo “americano”, y en muchos casos revela una obsesión por la amenaza al orden establecido que supone el inmigrante.¹³ Esta percepción, sin embargo, la invierte Zeno; su adhesión a normas naturalistas le permite presentar a la sociedad urbana norteamericana como corruptora del inmigrante —en este caso Piadosa— de nuevo reforzando la metaforización de la relación entre los Estados Unidos y Puerto Rico, encarnados en la urbe y su

⁷ Elizabeth Lowe llama “organic city” a la ciudad observada y textualizada por los naturalistas. Lowe, *op. cit.*; p. 53.

⁸ *Loc. cit.*

⁹ Manuel Zeno Gandía, *Redentores*, Río Piedras, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1973; p. 299.

¹⁰ *Ibíd.*; p. 294.

¹¹ Joan Zlotnick, *Portrait of an American City: The Novelist's New York*, Port Washington, Kennikat, 1982; p. 4 (traducción mía).

¹² Giles, *op. cit.*; p. 3. Véase también: David Fine, *The City, The Immigrant and American Fiction, 1880-1920*, Metuchen, Scarecrow, 1977.

¹³ June Howard, *Form and History in American Literary Naturalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1985.

personaje respectivamente. Se apresura a subrayar la situación de la inmigrante, haciendo hincapié en la soledad y aislamiento que experimenta la joven criolla en el espacio metropolitano. Nada más llegar a Nueva York, Piadosa expresa los sentimientos de congoja que en ella inspira:

La gran ciudad produjo en ella el primer efecto que a los viajeros suele producir: aplanamiento. La inmensidad sobrecoge. Miraba en silencio a todos lados. ¡En qué soledad tan grande le parecía estar!¹⁴

Más adelante la joven hace amistades y establece ciertas relaciones profesionales, pero se encuentra aún “sola en las muchedumbres de Nueva York”,¹⁵ reflejando, de nuevo, un concepto —de la soledad del individuo rodeado de personas— corriente en la novela urbana en boga en el fin de siglo y las primeras décadas del veinte.¹⁶ Esta soledad es necesariamente espiritual, ya que el entorno urbano excluye la posibilidad del aislamiento físico,¹⁷ y como señala Charles Tatum, tiene una especial pertinencia para el inmigrante puertorriqueño en la gran ciudad, cuya “desolación espiritual” se debe a:

(1) una creciente actitud de inseguridad en el nuevo ambiente; (2) una actitud de inseguridad y ansiedad, una impotencia existencial, una pasividad y un asco; (3) un estado de dependencia psicológica y existencial; (4) una auto-imagen negativa; (5) la frustración espiritual y la soledad.¹⁸

El desplazamiento geográfico desde la isla nativa a las ciudades del norte —especialmente Nueva York— es raramente exitoso en las letras boricuas o nuyoricanas, ya que parece no existir un punto de encuentro entre la cultura hispánica-caribeña del isleño y el capitalismo urbano que debe enfrentar al emigrar, situación que fue Zeno el primero en señalar.¹⁹ El autor resalta el recibimiento adverso que ofrece “el Norte” al inmigrante mediante una descripción del clima; el frío real refleja la frialdad de una sociedad urbana que

¹⁴ *Redentores*; p. 255.

¹⁵ *Ibíd.*; p. 274.

¹⁶ Stout, *op. cit.*; p. 11.

¹⁷ Robert Gates hace esta observación de la novela de Crane, *Maggie, a Girl of the Streets*, la obra naturalista norteamericana que tal vez presenta más vínculos con los episodios protagonizados por Piadosa en *Redentores*. Robert A. Gates, *The New York Vision. Interpretations of New York City in the American Novel*, Lanham, University Press of America, 1987; p. 54.

¹⁸ Charles A. Tatum, “Geographic Displacement as Spiritual Desolation in Puerto Rican and Chicano Prose Fiction”, en Asela Rodríguez de Laguna (ed.), *Images and Identities: The Puerto Rican in Two World Contexts*, New Brunswick, Transaction, 1987, 254-264; p. 254 (traducción mía).

¹⁹ Es importante reconocer, sin embargo, que a pesar del retrato muy negativo de la posición del puertorriqueño una vez llegado a los Estados Unidos presentado en las letras boricuas que abordan el tema, tienen que haber existido casos de emigrados tempranos que en las primeras décadas del siglo veinte —época que retrata Zeno en *Redentores*— se incorporaron a la sociedad norteamericana, asimilándose cultural y lingüísticamente. Véase: Eugene Mohr, *The Nuyorican Experience: Literature of the Puerto Rican Minority*, Westport, Greenwood, 1982; p. 21.

menosprecia o ignora a quien llega a sus costas en busca de acogida:

El último invierno fue inclemente; fueron las temperaturas casi esquimales. Más de un año de residencia en el gran centro; la agitada vida para el cuerpo y para el espíritu que en aquél había hecho; las incertidumbres de esa vida en la capa social en que la arrojó Engels; las cavilaciones y alternativas que tuvo en su odisea de ángel caído: todo eso debilitó sus fuerzas, agotó sus energías nerviosas, menoscabó su salud hiriéndola [a Piadosa] con recónditos histerismos.²⁰

Mediante las experiencias de la joven criolla, Zeno establece un claro vínculo entre el “hosco clima”²¹ e “intenso frío”²² que debe aguantar en Nueva York, y los problemas identificados por Tatum que acechan al inmigrante en la gran urbe, subrayando también la actitud del norteamericano hacia el inmigrante, incluso hacia el puertorriqueño que supuestamente goza de igual *status* de ciudadanía que el individuo nacido en los Estados Unidos.²³ Para una discusión de las razones por la aprobación de la Ley Jones-Shafroth, véase: Truman Clark, *Puerto Rico and the United States, 1917-1933*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1975; pp. 23-24. actitud que se refleja a nivel nacional en el menosprecio de todo lo boricua por el gobierno y demás instituciones estadounidenses.²⁴

Si bien la visión zenogandiana de Nueva York refleja importantes elementos del naturalismo norteamericano y europeo, que sitúan su obra junto a la de escritores como Zola o, en los Estado Unidos, Crane o Dreiser,²⁵ no se debe olvidar que *Redentores* fue escrita ya en el siglo veinte, y postulamos que para

²⁰ *Redentores*; p. 270.

²¹ *Ibíd.*; p. 294.

²² *Ibíd.*; p. 299.

²³ A los puertorriqueños se les concedió la ciudadanía estadounidense mediante la Ley Jones-Shafroth del 2 de marzo de 1917. Kal Wagenheim afirma, sin embargo, que lejos de ser un gesto democrático, el hecho de que los isleños no tuvieran más opción que aceptar lo que los Estados Unidos les imponía—o, al rechazarlo, perder el derecho al voto— demuestra una falta absoluta de democracia por parte del poder norteamericano. Kal Wagenheim, *Puerto Ricans in the US*, Londres, Minority Rights Group, 1983; p. 5.

Para una discusión de las razones por la aprobación de la Ley Jones-Shafroth, véase: Truman Clark, *Puerto Rico and the United States, 1917-1933*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1975; pp. 23-24.

²⁴ Eugene Mohr reproduce opiniones expresadas en la prensa estadounidense de la época que retratan a los puertorriqueños como “aborígenes cuyos arcos y flechas han sido sustituidos por revólveres y cuchillos”, y que hacían hincapié en la falta de madurez de la nación puertorriqueña que le imposibilitaba un autogobierno. Mohr, *op. cit.*; p. 11. Truman Clark cita políticos finiseculares en Estados Unidos que perciben la necesidad de un periodo de “educación” para los isleños para que pudieran gozar de un gobierno constitucional. Clark, *op. cit.*; p. ix.

²⁵ Para un análisis naturalista de la obra de Zeno, véase: Elio Alba Buffill, “Loveira y Zeno Gandía: representantes del naturalismo en las Antillas”, en Julio Hernández (ed.), *Estudios literarios sobre Hispanoamérica: homenaje a Carlos M. Raggi y Ageo*, San José, CR, Círculo de Cultura Panamericano, 1976, 85-96, y Enrique Laguerre, “Prólogo”, en Manuel Zeno Gandía, *La charca*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978; p. ix y ss.

reiterar el mensaje político de esta novela, hizo también extenso uso de técnicas y temáticas características de la narrativa urbana norteamericana de las dos primeras décadas del siglo veinte. Gates afirma que en los años veinte y treinta Nueva York se convirtió en símbolo de la década: en los veinte —época en que se publica *Redentores*— de exaltación y rechazo de lo tradicional.²⁶ Este periodo —los años que siguieron a la guerra mundial— se caracterizaba en los Estados Unidos por un omnipresente sentimiento a nivel nacional de poder y prosperidad; el auge del *jazz age* hizo patente el deseo por parte de la población de olvidar la reciente contienda, y durante esta época Nueva York fue la “capital del placer” de Norteamérica.²⁷ La otra cara de la moneda, sin embargo, la retrataba una generación literaria —la llamada *Lost Generation*— que investigaba la hedonista búsqueda de placer, sobre todo de los ricos, que escondía una profunda desesperación y vacío,²⁸ convirtiendo las imágenes de alienación asociadas con la urbe en una fragmentación psicológica individual.²⁹ Estas dos visiones entran en juego en *Redentores*, obra de un autor que escribe desde la periferia pero que tenía conocimiento de la gran ciudad nortea y su literatura: por un lado Zeno presenta el deseo de diversión de los norteamericanos, pero no deja de subrayar el otro lado de una realidad que involucra a otros seres —en este caso simbolizados en la figura de Piadosa— en el suministro de esta diversión, que conduce a la destrucción moral y espiritual de éstos.

La enorme “capital del placer”³⁰ que fue la Nueva York de los años veinte la pinta Zeno —tal cual un F. Scott Fitzgerald o una Edith Wharton— como lugar donde la masa va en busca de diversión, que, sin embargo, no les satisface psicológicamente:

En torno, el gentío en busca de placeres o volviendo de ellos, llevando en hombros o un gran sueño o un gran fastidio, o loca alegría alcohólica estallando en risotadas.³¹

Una parte significativa de estos “placeres” se relacionaban con el cuerpo: desde representaciones teatrales o grupos de danza cuyos integrantes aparecían prácticamente desnudos, a la prostitución. Dentro de este contexto, claro está, es el cuerpo femenino el que principalmente se explota; la mujer es mirada, se convierte en “espectáculo o actor”,³² imposibilitando la existencia de una

²⁶ Gates, *op. cit.*; p. xii.

²⁷ Zlotnick, *op. cit.*; p. 110.

²⁸ *Ibíd.*; p. 116.

²⁹ Sidney Bremer, *Urban Intersections. Meetings of Life and Literature in United States Cities*, Urbana, University of Illinois Press, 1992; p. 115.

³⁰ Zlotnick, *op. cit.*; p. 110.

³¹ *Redentores*; p. 299.

³² Deborah Epstein Nord, *Walking the Victorian Streets. Women, Representation, and the City*, Ithaca, Cornell UP, 1995; p. 2 (traducción mía).

flâneuse correspondiente al *flâneur* masculino.³³ El cuerpo de la mujer se convierte en objeto, en mercancía en una ciudad y una sociedad donde el “consumo” del desnudo femenino es síntoma y símbolo del capitalismo galopante e individualista. La compra-venta se lleva a cabo abiertamente de las maneras que ya mencionamos, atrapando a Piadosa en un “negocio” del cual no encuentra salida y que la obliga a ofrecerse en lo que llama Zeno “aquel bazar de carne sin alma”.³⁴

Tal vez la ‘diversión’ más característica de este capitalismo que traficaba con seres tanto como con mercancías fue lo que eufemísticamente se denominaba *tableaux vivants*, espectáculo que consistía en la presentación de bailes por artistas casi desnudas que se movían lascivamente al compás de la música, y que apareció por primera vez en Nueva York en los años cuarenta del siglo dieciocho.³⁵ Es en un *cabaret* semejante donde acaba Piadosa cuando su seductor norteamericano la abandona en la metrópoli, y Zeno ofrece una descripción detallada de los actos que preceden la aparición en el escenario de la criolla:

Habían aparecido ya dos jovencitas casi impúberes ofreciendo los cuerpos de muñeca entre contorsiones y saltos. Estaban feamente pintadas; resaltando, no obstante, de aquel abigarramiento, labios que ofrecían besos y ojos desbordantes de pícara malicia, como gritando que ellas eran hembras y que la tierra entera es lecho nupcial. [...] En la figura final subieron a un taburete, acariciándose dando grandes suspiros, abrazáronse, echáronse para atrás haciendo saliente el relieve de los nacientes senos, y con mutuos mimos de cálido sensualismo, fingieron bajo el fulgor de un foco eléctrico los trasportes de un amor logrado... [Luego] aparecieron diez muchachas lindísimas. [...] Difícil la descripción de sus trajes. La mejor sería esta síntesis: desnudas.³⁶

No sólo es la mujer adulta la que es vendida al espectador, sino que las diversiones de la gran ciudad —y, por ende, la sociedad norteamericana—³⁷ pervierten y corrompen moralmente a los niños también.

Pero Piadosa no sólo está en venta en el *show* del cual es la estrella, sino que también un número de personajes que la rodean intentan venderla o comprarla. A Albano Fuldo, el maestro de baile con quien inicia una relación, Piadosa lo describe como “un proxeneta”,³⁸ indicando que el hombre la controla económica y físicamente:

³³ *Ibíd.*; p. 11.

³⁴ *Redentores*; p. 249.

³⁵ Para una discusión de la presentación en las letras finiseculares de éste y otros espectáculos protagonizados por mujeres desnudas, ver: Siegel, *op. cit.*; pp. 40-41.

³⁶ *Redentores*; pp. 249-250.

³⁷ Mediante el uso en esta escena de una alusión a la estupidez de “los pueblos civilizados”, Zeno hace patente que percibe a la vacía sociedad neoyorquina que genera espectáculos de este género como representante de la sociedad estadounidense en general. *Redentores*; p. 249.

³⁸ *Ibíd.*; p. 297.

Albano fue su todo: la contrataba, percibía sus sueldos, la surtía de los trajes necesarios en las exhibiciones, era su empresario, su tesorero, su tutor.³⁹

A pesar de vivir juntos en un pequeño cuarto, y a pesar de la belleza de Piadosa, Fuldo no se interesa sexualmente en la criolla, sino que, al contrario, insiste en que se prostituya con desconocidos, y parece no importarle que aparezca casi desnuda en los varios *cabarets* de la ciudad:

Muchas veces creyó [Piadosa] que era un loco; otras un indigno mercader que la había secuestrado como un gitano al simio que para ganarse la vida hace bailar. De enamorado amante nada tenía Fuldo; apenas se acordaba que entre ellos había diferencia de sexo. Cuando en la intimidad, viviendo en una sola habitación, sorprendía desnudeces de Piadosa, apenas si fijaba ni la mirada ni el comentario; y aquellas morbideces que en el *Molino Rojo* levantaban clamores de entusiasmo, parecíanle indiferentes. Dentro de aquel amante para Piadosa había un hombre muerto. Su inactiva masculinidad creaba entre ellos lazos que sólo la ira, la sugestión y el miedo mantenían.⁴⁰

En otra escena protagonizada por la criolla, un verdulero italiano intenta venderla a un conciudadano puertorriqueño a la vez que le vende fruta.⁴¹ Estos dos incidentes los incluye Zeno en *Redentores* para resaltar la omnipresencia del mercantilismo que caracteriza a la gran ciudad y que incluye el tráfico de carne humana. Sugerimos que tanto a Fuldo como al inmigrante italiano los presenta el novelista como las personificaciones de una mentalidad urbana cuyo interés principal es el dinero y, en el caso de Fuldo, el placer, ya que el dinero que gana Piadosa lo gasta éste en mantener su vicio de toxicómano, revelando que a la vez va en busca de "placeres muy superiores al amor"⁴² que caracterizaba a un gran sector de la sociedad neoyorquina a comienzos de siglo según los críticos que ya reseñamos.

Este mercantilismo del ser humano en la gran urbe es completamente distinto a la venta del cuerpo que puede ocurrir en Puerto Rico, se apresura a informarnos Zeno. El autor no niega que en la isla exista la prostitución, pero insiste en que tiene otros fines y que carece de los muchos aspectos negativos que la caracterizan en el contexto urbano. En su retrato de un bar en San Juan frecuentado por prostitutas, pone énfasis en el sentimiento fraternal que une a los concurrentes, lo cual contrasta fuertemente con la soledad y abandono experimentados por la mujer que se ve obligada a ofrecerse en el Norte:

³⁹ *Ibíd.*; p. 270.

⁴⁰ *Ibíd.*; p. 304.

⁴¹ *Ibíd.*; p. 307.

⁴² *Ibíd.*; p. 304.

Acudían también mujerzuelas en busca de pan para el día siguiente, o para ellas o para chicuelos o viejecitas a quienes sustentaban o para celestinas hábiles en el negocio. Reuníase siempre gente alegre, bulliciosa.⁴³

Después de su “caída” no es absolutamente necesario que Piadosa trabaje de artista en la gran ciudad; hubiera podido colocarse en otro puesto o volverse a Puerto Rico donde fieles amigos la aguardaban, pero el entorno urbano, enteramente capitalista, y dentro del cual se atribuye valor a personas y objetos sólo en términos monetarios, la conducen al deseo —ya incipiente en la isla— por bienes materiales. Las dos señoras que la reciben en Nueva York —ambas símbolos de la ciudad por su opulencia y corrupción— la introducen al mundo del consumo desenfrenado en el que viven tantas mujeres como ellas:

Lleváronla a una tienda de pisos. Aquello fue fiesta para los corazones. Sintió Piadosa que se le dilataba el semblante, que la desvanecía aquel océano de atractivos, invitándola a la compra. [...] Sintió entonces la fiebre de la compra. Aquello era la realidad de un ensueño. Se hundió en el deseo.⁴⁴

Una vez contagiada por “la fiebre de la compra”, sus amigas le insinúan a la criolla formas de asegurar la fácil adquisición de objetos de lujo muy alejados del “pan para el día siguiente” que buscan aquellas mujeres que se prostituyen en San Juan:

Un día, contemplando un río de brillantes y perlas en los escaparates de Tiffany, le dijeron que si ella quisiera joyas como aquéllas, era la cosa más fácil del mundo.⁴⁵

El corrompido ambiente de la gran ciudad lleva a Piadosa a venderse para comprar artículos no imprescindibles para su bienestar físico, cosa poco sorprendente en un entorno cuyos meros edificios evocan lo que Bender y Taylor llaman “clasicismo mercantilista”⁴⁶ y donde la torre fálica representa el poder del capitalismo corporativo.⁴⁷

Este capitalismo rapaz, devorador, lo encarna Elkus Engels, responsable de la caída de Piadosa, quien demuestra su deseo por adueñarse de lo que se le antoje de dos maneras fundamentales. Por un lado su pasión por la bella criolla

⁴³ *Ibíd.*; 85. Es interesante notar, además, que esta diferencia percibida por Zeno entre la pobreza y sus consecuencias en la isla y las miserias que acechan al individuo en Nueva York corresponde a una similar percepción de la pobreza en la tierra nativa frente a la pobreza urbana que experimentaban muchos boricuas al emigrar a la gran urbe y que con frecuencia se representa en las letras puertorriqueñas y nuyorriqueñas. Véase: Mohr, *op. cit.*; pp. 27-28.

⁴⁴ *Redentores*; p. 256.

⁴⁵ *Ibíd.*; p. 257.

⁴⁶ Thomas Bender y William R Taylor, “Culture and Architecture: Some Aesthetic Tensions in the Shaping of Modern New York City”, en William Sharpe y Leonard Wallcock (eds.), *Visions of the Modern City*, Baltimore, Johns Hopkins UP, 1987, 189-219.

⁴⁷ Véase: Bender y Taylor, *op. cit.*; p. 190.

le lleva a apoderarse de ella física y espiritualmente a cambio de exquisitas comidas, ropas y alhajas, y promesas de matrimonio, recordándole cínicamente a Piadosa que “la posesión da título”⁴⁸ en el momento en que ella percibe la magnitud de su desgracia ocasionada por el mercader norteamericano. Después de haberla abandonado, la joven se da cuenta de que ha sido tratada de la misma manera que su patria, articulando así un vínculo evidente a lo largo de la novela y que señalamos al comienzo de este estudio:

Le odiaba a él [Engels] y a todos los continentales, a todos. Habían esclavizado a su patria con engañosas promesas también; y como ella, indefensa, había sucumbido a la servidumbre.⁴⁹

La ingenuidad que percibe como característica también de la isla le lleva a declarar “Amo a mi tierra. Ella es como yo era: confiada e inocente”,⁵⁰ resaltando el uso simbólico que hace Zeno del cuerpo femenino para representar a Puerto Rico.⁵¹ Esa relación entre Piadosa y su país se subraya con el hecho de que Engels ansía obtener terrenos mediante el ejercicio de su cargo gubernamental, y que percibe la necesidad de ejercer control norteamericano sobre la tierra en Puerto Rico, alegando “que debían fomentarse inversiones de capitales en la compra de fincas que lograrán la supremacía norteamericana del propietario de la colonia”.⁵²

La relación entre Piadosa y Engels que retrata Zeno se encasilla en otra noción típica de la narrativa naturalista que tanto influyó en su obra, y que emplea el autor para reforzar su mensaje político: la idea, ya algo trillada, de que aunque una chica puede ser seducida en el ámbito rural que habita, es en la ciudad donde el sexo se convierte en negocio.⁵³ Según el patrón establecido novelísticamente, la mujer acude a la urbe después de su ruina a manos de un rico de la ciudad cuya presencia en el espacio rural interfiere negativamente en las vidas de quienes lo ocupan.⁵⁴ En el caso de *Redentores*, Piadosa es la joven seducida en su entorno “natural”, a consecuencia de lo cual se siente obligada a desplazarse a Nueva York para ocultar su vergüenza. Como a la criolla la

⁴⁸ *Redentores*; p. 259.

⁴⁹ *Ibíd.*; 265.

⁵⁰ *Ibíd.*; p. 271.

⁵¹ Es interesante notar que en las escenas que representan a Piadosa en la gran ciudad, Puerto Rico se percibe en términos altamente idealizados frente a la corrupción e inmoralidad de la zona urbana. Esta imagen, afirma Efraín Barradas, ha sido común a la literatura boricua desde tiempos coloniales, época en que se comparaba la colonia con la metrópoli, es decir, España. Efraín Barradas, “Puerto Rico acá, Puerto Rico allá”, en *Revista Chicano-Riqueña* 8 (1980); p. 45.

⁵² *Redentores*; p. 264.

⁵³ Siegel, *op. cit.*; p. 36.

⁵⁴ Para una discusión de este aspecto de la visión de la mujer seducida en el campo que se ve obligada luego a desplazarse a la ciudad, véase: Peter Bartha, *Bely, Joyce, and Döblin. Peripatetics in the City Novel*, Gainesville, UP of Florida, 1996; p. 3.

postula Zeno como símbolo de Puerto Rico y a Engels, el seductor, lo presenta como personificación de todo lo negativo relacionado con la metrópoli, en la seducción de la niña vemos una representación simbólica del abuso, de la “violación” económica y política de la isla por Estados Unidos. Estas nociones también introducen la dicotomía campo/ciudad tan común en las letras novecentistas,⁵⁵ y dentro de este esquema la isla se muestra como la Arcadia mientras Nueva York/Estados Unidos es el corruptor.⁵⁶ Por si cupiera duda de la omnipresencia de la corrupción, la degradación, y la inmoralidad de esta ciudad, Zeno nos recuerda que, en todos los ambientes en que se mueve Piadosa, son la norma, desde la elegante Avenida de Amsterdam donde viven sus dos amigas, hasta “hacia el Este, cerca de la Segunda Avenida”,⁵⁷ barrio de inmigrantes donde reside con Fuldo. Su mensaje político, por ende, es que hasta que Puerto Rico logre un autogobierno, no tiene futuro, encarnado simbólicamente en la idea de que en cuanto Piadosa se libre de las garras de Nueva York volverá a recobrar su integridad, tarea difícil, sin embargo, dado que vaya adonde vaya es víctima del abuso. Aunque hasta hoy la isla sigue bajo control estadounidense, a pesar de ciertas concesiones de autonomía, Zeno ya le confirió una simbólica libertad de Engels y gente de semejante jaez, liberando a Piadosa de la malévola urbe:

¡Ah, no, Nueva York no! No se quedaría, no se quedaría...
Y no se quedó.⁵⁸

Shelley Godslan
Manchester Metropolitan University
Inglaterra

⁵⁵ Pike señala que en el transcurso del siglo diecinueve la importancia de esta dicotomía en las letras norteamericanas disminuye. Postulamos, sin embargo, que siguió influyendo en la novela finisecular de la forma que aquí debatimos y que fue una probable fuente para Zeno, junto con la literatura europea de la misma época. Pike, *op. cit.*; p. 88.

⁵⁶ Nos encontramos de nuevo frente a la idealización de Puerto Rico, tal como indicamos en la nota 51.

⁵⁷ *Redentores*; p. 270.

⁵⁸ *Ibíd.*; p. 310.